

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Leticia Mora Perdomo
Universidad Veracruzana

“La construcción del sujeto de derecho en una novela-testimonio de Manlio Argueta”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 63, enero-marzo de 2023, pp. 36-43.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

La construcción del sujeto de derecho en una novela-testimonio de MANLIO ARGUETA

Leticia Mora Perdomo

La capacidad de la literatura para proponer modelos posibles de comunidad que resignifican la dignidad de los sujetos marginados cuando se relata el abuso al que están expuestos, ha abierto la puerta para imaginar alternativas de convivencia social más justas.

Escribir hoy. “¿Qué significa –se pregunta la escritora mexicana Cristina Rivera Garza– escribir hoy? [...] ¿Qué tipo de retos enfrenta el ejercicio de la escritura en un medio donde la precariedad del trabajo y la muerte horripalante constituyen la materia de todos los días?” (2013, 19). Escritores de diversas épocas han propiciado diálogos con su realidad, estéticos y éticos, cuando han invocado la injusticia y el horror en sus narraciones. Si bien tal vez no hay peor momento que el que uno vive, pues los años matizan el pasado, no deja de ser cierto que muchas narraciones contemporáneas invocan ese atroz tiempo pretérito –por ejemplo el de la violencia de la

conquista o de la Colonia– para hablar, desde nuestra actualidad, de la persistencia de situaciones de abuso y sevicia que nos permiten vislumbrar vestigios latentes de esa crueldad ancestral que, a la luz de hoy, adquieren un significado inusitado. Así, en las décadas que van de los sesenta a los ochenta, la novedad de un género –en su momento, el testimonio– articuló la representación de las luchas sociales, y el alcance de esta forma de escritura es perceptible en nuestro presente a través de un marco de recuperación de memoria que es propiciado por los derechos humanos.

Leer hoy. En los contextos de precariedad que vive el país, ante la falta de un Estado de derecho que garantice la preservación de

la integridad humana y la procuración de justicia, se invoca constantemente el lenguaje moral de los derechos humanos, ya que en nuestras condiciones actuales de intemperie, estos, según Michael Ignatieff, son la formación discursiva que posibilita visibilizar desde la cultura las condiciones de violencia, exclusión, discriminación, desigualdad (Ignatieff 2002, A29). Asimismo, son el marco moral desde el cual se propone, a través de la sensibilización y la toma de conciencia, la realización de la promesa de justicia, de igualdad, de libertad y de reivindicación social que ellos abarcan; en fin, el bienestar social e individual que pavimenta el camino hacia la plena ciudadanía y la necesaria paz.

La literatura y los derechos humanos. Uno de los primeros textos de nuestra tradición literaria hispanoamericana, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552), publicada y distribuida en Europa por el taller del protestante Theodor de Bry como uno de los primeros libros de denuncia contra la destrucción –genocidio, diríamos hoy–, de los indios, y las atrocidades cometidas en su contra, se ha retomado a través de la figura de su autor, fray Bartolomé de las Casas, como testimonio y argumentación –dentro de las leyes y retórica de su tiempo– de una temprana conciencia moral contra la crueldad y la privación de libertad hacia otro grupo humano. Así, no sorprende que su autor sea considerado el precursor de los derechos humanos y del derecho internacional. Pero su caso no es único, y menos aún en nuestra actualidad: la novela colombiana del siglo XXI¹ retoma con fuerza la apuesta por la defensa de los derechos de las víctimas y la pregunta de Cristina Rivera Garza por el significado de la escritura, cuya narrativa en



Irving Isai Martínez: *Sin título*

México también es ejemplo para dar voz a las víctimas de innumerables abusos y procurar romper el cerco de silencio que las rodea, ya que, como Giorgio Agamben afirma, no se le puede otorgar a la indelicibilidad del horror el prestigio de la mística. Si leemos los textos literarios con esta conciencia moral, encontraremos que entre las páginas de muchos otros autores se ha reconocido y representado al indígena, al negro, al homosexual, al transexual, a la lesbiana, al subalterno, al migrante o al extranjero, como sujeto digno y con el derecho a una vida plena. Esta denuncia moral, trazable en un corpus no pequeño de la literatura continental, ha tenido como fundamento una idea del diferente como semejante, y ha buscado denunciar las injusticias amparándose en una comunidad humana imaginada como más justa donde cualquier individuo es sujeto del derecho a ejercer su humanidad en una vida plena.

En su brillante estudio sobre el nacimiento de los derechos humanos a finales del siglo XVIII,

Lynn Hunt describe el papel de la literatura en la construcción de la conciencia en los sujetos modernos, lectores de novelas, cuya sensibilidad descansaba en la promesa de humanidad (dignidad, igualdad y buen trato) y semejanza entre sí, que los Derechos del Hombre y del Ciudadano (1786) encerraban. Así entonces, tenían como una aspiración posible de realizarse lo que llamaríamos hoy, según la teoría de la recepción, un horizonte de expectativas, donde una comunidad igualitaria y más justa era deseable y posible. Estos idearios, formados en las narrativas literarias de ese entonces, particularmente en la lectura de la novela sentimental y el artículo de costumbres, modelaron la subjetividad de los hombres civilizados, cuyas ideas en el transcurso del siglo XIX fueron un sustrato ideológico a las luchas de emancipación nacional (Hunt 2010, *passim*), a la construcción de comunidades imaginadas –como más justas– en la literatura de esos años, tanto como en la redac-

ción de constituciones a lo largo y ancho de América Latina. Lynn Hunt precisamente traza cómo estas demandas morales fueron ineludibles para la construcción del sujeto moderno, definido por su individualidad y humanidad en su dimensión natural y luego política, como ciudadano, concepción que llegó a ser el modo de sociabilidad dominante.

La capacidad de la literatura para proponer modelos posibles de comunidad que resignifican la dignidad de los sujetos marginados cuando se relata el abuso al que están expuestos, ha abierto la puerta para imaginar alternativas de convivencia social más justas. En esa promesa imaginativa que la literatura echa a andar reside su potencial libertario, pues antepone realidades alternas a las de un presente degradado, sin justicia ni futuro. Particularmente, desde la década de los años sesenta y setenta, en la literatura se han reconocido nuevos géneros como el testimonio, para dar cabida a las voces subalternas y visibilizar pro-

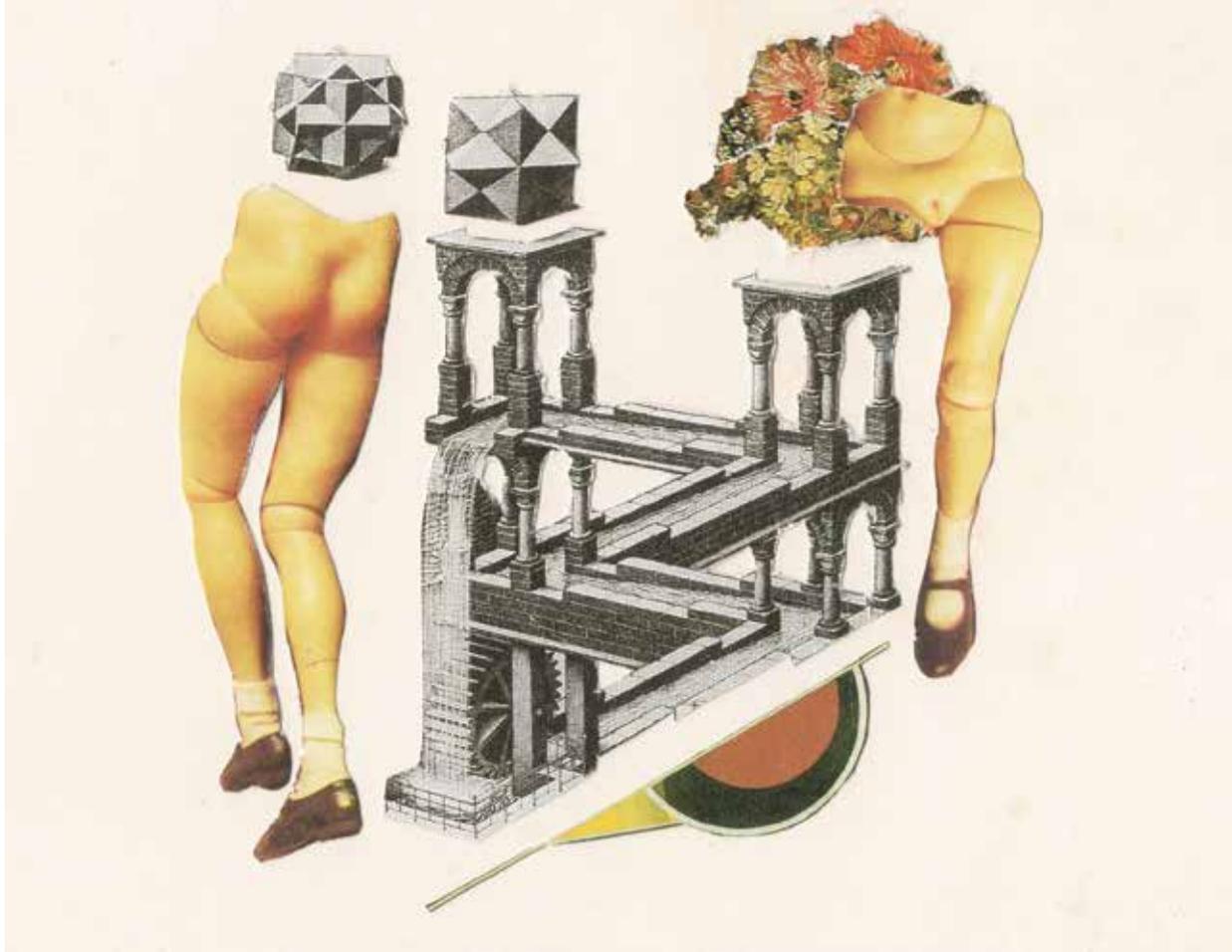
blemáticas diversas de explotación social. Por ejemplo, en Centroamérica, el testimonio fue el género más socorrido para poner en el debate público condiciones de injusticia, maltrato y exclusión de grandes sectores de la población. Si bien su estatuto literario ha sido cuestionado, la fuerza documental de la denuncia reside no solo en dar a conocer situaciones socialmente conflictivas, sino en la mayor o menor capacidad del escritor para poner en circulación recursos literarios que conduelan al lector a reconocer matanzas, agravios y situaciones francamente intolerables que un personaje o una comunidad, a pesar de su inalterable alteridad con el lector, no debe soportar. Es en estos años, entonces, cuando la literatura y los movimientos sociales comienzan a tener una confluencia inusitada, pues los movimientos sociales se distancian de las tradicionales luchas de obreros contra el Estado para desplazarse a problemáticas que, si bien ancladas en problemas históricos de propiedad y tenencia de la tierra, o el cambio de la explotación agrícola a la industrial, incorporan otros asuntos como la democratización de la sociedad, la irrupción de los jóvenes y las mujeres como actores sociales. Esto da paso a dinámicas sociales con componentes de mayor subjetividad que la literatura reescribe, ya sea como demandas de justicia por madres de víctimas de genocidio o desapariciones forzadas, ya sea por la exposición de problemas identitarios donde la conciencia de pertenencia a un grupo o a una clase les permite articular movilizaciones alrededor de intereses comunes que interpelan directamente los derechos humanos, ya sea porque nuestra noción misma de humanidad se ve amenazada.

Un día en la vida. Un grupo importante de escritores se dieron a la tarea, en los años setenta

y ochenta del siglo pasado,² de representar estas dinámicas sociales como consecuencia del modelo de desarrollo capitalista y construyeron sus historias tratando de enfatizar las razones del descontento social tanto como las motivaciones personales de sus personajes para participar en organizaciones orientadas al cambio social. Es el caso de *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, que inicia una discusión internacional por los derechos de los indígenas mayas y la explotación y el genocidio del que venían siendo objeto. Muchos de esos testimonios se reconocen con premios especiales como el Nobel de la Paz, en el caso de Menchú, o el que crea Casa de las Américas en Cuba, o el Premio de Bellas Artes Carlos Montemayor. El que me ocupa en estas páginas, *Un día en la vida* (1980), del escritor salvadoreño Manlio Argueta, fue escrito en el exilio y estructurado como la crónica de un día en la vida de una campesina salvadoreña: Lupe. El autor ha manifestado que la realidad de su personaje descansa en una serie de entrevistas que mantuvo con una campesina de su país. Así, su factualidad es parte del acto enunciativo. Tal vez sea esta inmediatez de la experiencia de Lupe con la del escritor lo que el lector inmediatamente percibe como parte también de su realidad circundante, operación literaria que vela el artificio en que el testimonio descansa, su retoricidad literaria que añade drama e intensidad a los hechos comunes y propicia una lectura casi transparente, ya no entre el texto y la realidad a la que alude, sino entre la del informante y el autor que escribe. El testimonio es ejemplo de la importancia que el énfasis en lo real comenzó a tener en la literatura en esos años y el giro subjetivo que adoptó. Lupe narra su historia como testigo implícito en lo narrado; los otros

personajes femeninos, Ellos, los propietarios, y la Autoridad, narran los sucesos desde su punto de vista; el autor que hizo la entrevista parece haber desaparecido. Así, el tapete de voces produce como efecto de lectura la no fácil distinción entre realidad y ficción, pues “ese día” de la vida de Lupe puede ser cualquier día de “la vida” de una familia campesina que Lupe relata. La apuesta del testimonio reside en esta voz del testigo, en su experiencia y la aparente transparencia entre lo narrado y la realidad, pues esa es su posibilidad de identificación inmediata, ya sea de aceptación o de rechazo.

Empero, el carácter ficcional del relato se revela por la acción de unir diversas temporalidades y homologar experiencias de vida, del pasado y del presente, lo que otorga cierta ejemplaridad a lo narrado. Más allá de la poeticidad que acompaña al relato durante las diferentes horas del día, marcadas por el canto de diferentes pájaros, es la subjetivación de esa realidad el punto nodal que permite observar la conciencia que empieza a nacer ante el *continuum* de violencia, maltrato y explotación que perciben los personajes como parte de su vida. En efecto, entre esas grietas de dolor y el despertar a una realidad, fracturada ya, que no tiene por qué ser así, empieza a asomar la oculta intencionalidad política del testimonio que busca explicar a través de la historia de varias generaciones las relaciones de abuso que propician la rebelión. La subjetividad del relato de Lupe, personaje principal, taimiza la de las otras mujeres, pero rebasa su espacio cotidiano e individual cuando la acción política de la nieta, en su rebeldía a seguir aceptando lo que el patrón dice, acelera la toma de conciencia de Lupe, quien se percató de que lo que pasa en su vida personal desde que era una niña es una histo-



Karen Rodríguez: *Autorretrato III*

ria colectiva de abusos en “la vida” salvadoreña.

El relato de Guadalupe Fuentes de Guardado. Este relato es producto de una serie de acontecimientos políticos relevantes en la historia de El Salvador. *Un día en la vida* retoma el proceso de politización y toma de conciencia del campesinado salvadoreño en los años setenta, que coincide, en el relato y en la historia de Centroamérica, con el despertar de la conciencia del pueblo campesino a través de su contacto con los padres de la Teología de la Liberación y con la instauración de distintas formas de organización colectiva. Entonces, el cambio de orientación de la Iglesia católica, la formación de cooperativas de obreros y estudiantes, la creación de las federaciones campesinas, son acciones que se traducen en una efervescencia de manifestaciones políticas que no tuvo an-

tecedentes y que culminó en la guerra de guerrillas, el surgimiento de grupos paramilitares y la declaración de la guerra civil. Esta cruenta guerra civil opondrá a la oligarquía y a las fuerzas armadas contra la guerrilla revolucionaria, donde muchos estudiantes participaban, como la nieta de Lupe y su hijo. En medio de este conflicto bélico quedará el campesinado. Este es el telón de fondo del día de Lupe, que comienza a las 5 de la mañana y termina a las 5 de la tarde.

Contexto histórico. La inestabilidad política que ha azotado a El Salvador es de viejo cuño en América Latina, pues deriva de las luchas de construcción nacional entre liberales y conservadores, propiciada por la defensa de los grandes latifundios cafetaleros pertenecientes al 10% de la población y a la abolición de la propiedad comunal. Este problema se exacer-

ba en el siglo xx con los gobiernos militares y la represión ejercida por ellos. En 1932, el general Maximiliano Hernández Martínez derroca al gobierno civil y reprime brutalmente la rebelión campesina. Esta masacre de campesinos se halla presente en el relato por medio de las frecuentes analepsis de los personajes, cuyos textos se distinguen tipográficamente por aparecer en tipos cursivos, y por sus reflejos, miedos, temores y ansiedades en su vida afectiva o psíquica. Pero el lector no llega a conocer las causas de los sucesos del 32. Esta laguna en el texto es parecida a un trauma que obliga a indagar su historia escamoteada en la página. El lector descubre que la violencia sistémica –en términos de Slavoj Žižek (2008)– que ha motivado el levantamiento campesino es el sistema de explotación de propiedad alrededor del monocultivo del café, cuyo precio, al fluctuar en forma



Paulina Uranga: Sin título

constante, afectaba drásticamente a la economía campesina y provocaba la expansión de una economía agrícola de exportación que exigía la constante migración de campesinos de su lugar de origen y trabajo. La movilidad campesina propiciaba, asimismo, desarraigo e inestabilidad. En la novela se menciona en forma iterativa el hambre y penuria que los campesinos padecen y los desplazamientos de sus lugares de origen que se ven obligados a hacer, construyendo un camino de pérdidas afectivas.

Cuatro décadas más tarde, con la toma de conciencia por parte de la comunidad, esta masacre se revela como una cicatriz abierta en cada uno de los personajes que llora un muerto. Este incidente hace evidente a los lectores ese *continuum* de violencia como una condena que no cesa de repetirse. Se aprecia entonces el eslabón de memoria genética que enlaza ambos acontecimientos históricos, la masacre de 1932 y la precariedad e inestabilidad que viven Lupe y demás voces narradoras femeninas a finales de los años setenta,

pues los hechos de abuso, indefensión y muerte parecen ser los mismos que sufrió como niña Lupe, ya que tuvo que desplazarse con su familia, confrontar la ruptura de los lazos afectivos con familiares y comunidad, además de soportar la muerte temprana de sus padres. En ese día que narra, su soledad es evidente, como lo es tener que negar conocer a su marido brutalmente golpeado, que le presenta la autoridad. Negar, en efecto, el amor a su hijo muerto por no tener dinero para comprar su medicina. Negar saber algo de los asesinatos y desapariciones de los hombres de su familia: Chepe, su marido; Justino, su hijo; Helio Hernández, su yerno y el padre de Adolfiná, su nieta. De esta manera, la violencia y la muerte envuelven a cuatro generaciones de la familia de Lupe.

Este marco histórico corresponde a la puesta en escena de un entramado ideológico que justifica el levantamiento campesino del presente, la razón de ser de la subversión. A raíz de los sucesos del presente, es inevitable no recordar, y recordar toma el lugar de pensar

los sucesos históricos bajo la óptica de quien recuerda motivada por estos sucesos cercanos en el presente. Así, la infructuosa revuelta campesina de 1932 –en la que se sacrificaron más de treinta mil vidas– y con la cual se intentó alcanzar democracia y justicia social, no solo es indeleble de la memoria por su salvajismo, por el abuso contra una población indefensa, sino como una marca en la conciencia que debe conservarse ya que puede repetirse en el presente, sobre todo porque los hombres ya se han organizado en cooperativas de campesinos, lo que agrava la situación, pues ya no se puede “regresar a la ignorancia”. Adolfiná, la nieta, cuyo padre está desaparecido, entra en contacto con estudiantes y marcha hacia la Catedral; Lupe ya no tiene miedo ni agacha la cabeza aun si sus hombres andan perseguidos y tienen que huir al monte y abandonar sus hogares. Curiosamente, se relatan varios actos de extrema violencia de la autoridad pero no se relata ningún acto violento cometido por los campesinos, pues son representados solo

como víctimas. Al autor le interesa mostrar el impacto del modo de organización económica en sus vidas y el cambio en su toma de posición, que tiene como adversarios a Ellos, los propietarios y La autoridad. Este modo de organizar el relato es una clara limitación del testimonio.

El sujeto de derecho. Siendo los campesinos un grupo social profundamente católico, la novela ficcionaliza de manera eficiente, me parece, el encuentro con los padres de la Teología de la Liberación, que comenzó por enseñarles que la felicidad no se encontraba después de la muerte, en la vida eterna, sino en este mundo, pues si bien de los pobres sería el reino de los cielos, el cielo estaba en esta tierra. Este cambio de paradigma que tiene en el sacerdote al agente del cambio produce la otra violencia de que habla Žižek: la violencia del sistema de creencias que el lenguaje transmite, la “violencia simbólica”. Los campesinos cuestionan el estado de cosas, abandonan la resignación y la culpa para pensar en lo desgraciado de su situación pese a una vida de trabajo, lo que poco a poco crea en ellos una conciencia de la explotación:

Estos nuevos curas amigos, aunque también llegaban en yip, sí se metían por el desvío y nos visitaban, que cómo vivís, que cuántos hijos tenés, que cuánto ganás y si queríamos mejorar nuestras condiciones de vida. Y nosotros no entendíamos las maneras de hablar, las palabras que usaban. Hasta que formaron las primeras cooperativas y pudimos tener una ganancita demás (*sic*) (22-23).

Es una violencia simbólica pues cuestiona la manera tradicional de ver el mundo campesino, incluso su misma fe. Este desplazamiento

ideológico les permite identificar como injusto lo que antes parecía natural. Como ya he dicho, a lo largo de la novela se narra el despertar de Lupe como el relato de cómo le nació la conciencia. “... nosotros también comenzamos a cambiar. Era más bonito así. Saber que existe algo llamado derecho. Derecho a medicinas, a comida, a escuela para los hijos [...] aprendimos a mirar por nosotros mismos” (27). No solo se trata de una conciencia de ser sujeto de derecho, sino también de los procesos de significación de su humanidad, en el caso de Lupe, de su ser como mujer, de su religión y del lenguaje que tanto la distingue de los otros, como la excluye; marginación que el autor simboliza en el desconocimiento “gramatical”, como se ejemplifica en la cita arriba señalada. Empero: “Una vez que supimos la existencia de eso llamado derecho aprendimos también a no bajar la cabeza cuando el patrono nos regaña. Aprendimos a mirarlos a la cara. Ganamos unos centímetros de estatura” (27-28). O en otro ejemplo, dice Lupe: “Así es nuestra vida y no conocemos otra. Por eso dicen que somos felices. Yo no sé. En todo caso esa palabra de “feliz” no me cuadra nada. Ni siquiera sé lo que significa verdaderamente” (10).

¿Qué significa tener derechos? ¿Y ser feliz? Para el letrado que proyecta sobre el campesino una vida bucólica y sin presiones, Lupe debe ser feliz, pues vivir en el campo no conlleva las presiones de la ciudad; pero para el campesino que sufre y padece el abuso, el hambre, la inseguridad de sus cosechas por el clima o por el precio, esa palabra carece de significado. El derecho y la recuperación de la dignidad otorgan al campesino la conciencia de su diferencia y semejanza con el patrono y ese desplazamiento simbólico culmina en un cuestionamiento radical del es-

tado de cosas a través del lenguaje. El proceso autorreflexivo queda enmarcado en el uso de este:

Un día le iba a tirar una piedra a un sapo. Entonces conocí la voz de la conciencia [...] una voz que me dijo no le tirés la piedra al sapo, ¿qué te está haciendo el pobre? Yo me quedé como paralizada. Así me di cuenta de esa voz que viene de adentro. Por eso digo, la voz de la conciencia es de uno y no es de uno. Viene a saber de dónde (14-15).

El acto reflexivo actúa como una voz *en off* que censura y frena los impulsos o la libertad, pero también otorga dignidad y un sentido de comunidad, lo “que puede alumbrar el camino” en tiempos difíciles, como cuando se ven obligados a negar a sus familiares para sobrevivir y escapar a esa misma suerte. El camino es uno de sufrimiento, sí, pero ahora se vive como necesario y producto de un constante proceso de reflexión sobre los actos y las palabras. Su humanidad y dignidad han sido restituidas por la conciencia moral de semejanza y reconocimiento a una vida plena.

Colofón. Debido a la pobreza de la región, la emigración ha sido un fenómeno constante; si sumamos a la pobreza y al constante desplazamiento y emigración de su población civil la total falta de libertad y la tensión por la influencia comunista en la región en esos años, podremos imaginar el hervidero social que dio paso a la creación del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, el Ejército Revolucionario del Pueblo y otros grupos armados de izquierda que engrosaban sus filas por el creciente descontento social mientras el ejército reprimía y propiciaba la creación de grupos paramilitares. Asesinatos de líderes campesinos, estudiantiles y obre-

Paola Ceballos: *Sin título*

ros, secuestros y desapariciones estaban a la orden del día. La matanza de las gradas de Catedral el 8 de mayo de 1979, que se menciona en la novela, es el parteaguas para el inicio de la guerra civil.

De esta toma de conciencia de ser sujeto de derecho en la década de los ochenta, que relata la novela-testimonio de Argueta, en un contexto de reformas neoliberales agresivas y un cambio radical en la organización económica y social, los derechos humanos fueron el horizonte moral que la representación de conflictos sociales en la literatura tomó. Argueta transforma

así el relato reiterado de maltratos e injusticias hacia el campesinado en un testimonio colectivo de urgente denuncia política. Intencionalidad que se multiplica cuando, como texto publicado, interviene en ese presente que narra, potenciado por las lecturas que de él se hacen en un público, sobre todo universitario y progresista, como un relato no literario sino de denuncia social. Como lectora no puedo sino recordar las visitas del Frente Farabundo Martí a los grupos de izquierda y a las universidades mexicanas en busca de apoyo, donde la poética de la solidaridad que el testimonio echaba

a andar era crucial. Tampoco puedo negar el horizonte desde el cual escribo en el siglo XXI, donde debo contender con el fracaso del discurso de las izquierdas –como se entendió en esos años después de la Revolución cubana– en su promesa de transformación social. Asimismo, el género testimonial ha evolucionado, incorporando en sus páginas un proceso de autorreflexión sobre los procesos de construcción de memoria que decanta su apelación de verdad. Las problemáticas de grupos unidos por agravios específicos y no necesariamente de clase o de directa confrontación con el Estado, sino de índole identitaria (de género, ambientalistas, ecologistas o feministas) orientadas a la transformación del espacio público con demandas específicas de reivindicación social, la aparición de testimonios de paramilitares, terroristas y militares, ciertamente conflictúa las construcciones de la verdad histórica. La realidad parece rebasarnos en su complejidad, ya sea, como escribí en otro momento:⁸

por la ceguera de la razón o por nuestra incapacidad de hacer inteligibles procesos de difícil comprensión. Meses después de la publicación de *Un día en la vida*, monseñor Arnulfo Romero sería asesinado en el momento de consagración de la misa, el 30 de marzo de 1980. Meses más tarde, entre el 10, 11 y 12 de diciembre, ocurriría el más grande etnocidio del que se tenga noticia en América Latina, perpetrado a manos del batallón Atlacatl de la Fuerza Armada del Salvador, en el norte del país, etnocidio conocido como la Masacre de El Mozote (Mora Perdomo 222).

A la realidad, dice Borges, le gustan las simetrías y los leves anacronismos, y la masacre de El Mozote repercute en mi lectura de ayer y hoy

pues mantiene mi estupefacción ante los desafíos que el testimonio de Argueta debía vencer, ante lo que parecía presentir y que salvadas todas las distancias sigo defendiendo: el poder de la literatura para accionar la empatía y la solidaridad ante lo que no tiene nombre, tanto como el marco moral de los derechos humanos como promesa de ese bien común al que me niego a renunciar.

En el contexto de precariedad que viven el estado y el país, el lenguaje moral de los derechos humanos es el discurso más importante para garantizar nuestra erosionada humanidad. Reconocer el sufrimiento ajeno y la situación de desventaja que miles de personas en el mundo viven es una tarea urgente tanto en los procesos de conflicto como en los de postconflicto social (Goldberg 2012). “Los derechos humanos –dice Hunt– descansan sobre una determinada disposición hacia los demás, sobre un conjunto de convicciones acerca de cómo son las personas y cómo distinguen el bien del mal en el mundo secular” (Hunt 2010, 26). No debemos negarnos a pensar que otro mundo es posible, si algo, la literatura, nos da esa esperanza. **LPyH**



Gerardo Vallejo: *Sin título*

REFERENCIAS

- Argueta, Manlio. 1980. *Un día en la vida*. San Salvador: UCA.
- Goldberg, Elizabeth y Alexandra S. Moore (eds.). 2012. *Theoretical Perspectives on Human Rights and Literature*, New York: Routledge.
- Hunt, Lynn. 2010. *La invención de los derechos humanos*. Buenos Aires: Tusquets.
- Ignatieff, Michael. 2002. “Is the Human Rights Era Ending?” *New York Times*, 5 de febrero.
- Mora Perdomo, Leticia. 2020. “Derechos humanos, violencia y lucha social en *Un día en la vida*”. En *Vio-*

- lencia. Representaciones estéticas*. Xalapa: UV/El Colegio de San Luis.
- Rivera Garza, Cristina. 2013. *Los muertos indóciles. Narcoescrituras y desappropriación*. México: Tusquets.
- Žižek, Slavoj. 2008. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Traducido por Antonio José Antón Fernández. Barcelona: Paidós.

NOTAS

- ¹ *Tríptico de la infamia* (2014) de Pablo Montoya; *La ceiba de la memoria* (2007) de Roberto Burgos Cantor a *El olvido que seremos* (2006) de Héctor Abad Faciolince, ganado

del Premio Internacional de Derechos Humanos WOLA, de la Duke University en 2014, son ejemplos.

² Una revisión de los premiados en la categoría de *Testimonio* que se abrió en Casa de las Américas en Cuba, permite ver la necesidad de una nueva categoría para abarcar esa explosión narrativa sin nombre y su evolución como género literario.

Leticia Mora Perdomo es investigadora del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias y profesora de la Facultad de Letras Españolas de la UV.